

Francisco  
García Pavón

**CUENTOS  
REPUBLICANOS**



*Cuentos republicanos* quizá sea el mejor libro de García Pavón. Las distintas piezas, plenas de sustancia autobiográfica, se ocupan del final de la infancia y de la primera adolescencia, que coinciden con los años de la Segunda República. El autor utiliza un material literario de un costumbrismo bien dosificado para contarnos su exaltación de las libertades y los sentimientos republicanos, pero también para recordar su aprendizaje vital. Los relatos son, pues, una excelente muestra de cierto realismo social que supo enriquecer el mero análisis crítico con un lenguaje preciso, un lirismo sutil y buenas dosis de humor. Estas narraciones, entre las que se incluyen piezas maestras como *El entierro del Ciego* y *Paulina y Gumersindo*, se mantienen vivas, por lo que se siguen leyendo con interés y satisfacción.

*A Maribel, tan enamorada  
del escenario de estos cuentos.*

## La novena

A Eladio Cabañero.

La hermana Eustaquia... —allí a las mujeres las llaman hermanas y a los hombres hermanos—, que fue ama de cría de mamá, me llevaba al novenario de las Ánimas del Purgatorio... Aquellas que están bailando sobre llamas, en el segundo altar de la izquierda, conforme se entra.

Salíamos de casa con nuestras sillas. Ella, un reclinatorio con tapicería de damasco morado; yo, una butaquita de mimbre. Ella, muy bien arrebujada en su mantón de felpa, y yo, con el sombrero negro de terciopelo hasta los ojos y una bufanda larguísima.

Íbamos con mucho tiempo, para sentarnos en el sitio que quería Eustaquia, que era debajo del púlpito, porque era dura de oído, y allí le caían las palabras del predicador como gotera, según decía. Es decir, que oía bien. Nos daba tiempo a ver todos los preparativos.

A lo primero hacía frío, pero a medida que la gente iba llegando taponaban las corrientes y se sentía calorcito. Cuando ya estaba el templo casi lleno —y se llenaba siempre que el predicador era dominico— salían dos monaguillos, uno llamado *Cencerrilla* y el otro *Malaparte*, y encendían las velas del altar de las Ánimas... (que quiere decir almas). Y llegaba el predicador acompañado del párroco, con las orejas y la nariz coloradas por el frío.

Cuando daban el último toque, largo, tristísimo, subía un cura de poca importancia al púlpito y rezaba un Rosario que daba mucho gusto oírlo, porque empezaba: «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros...», etc., e iba bajando la voz y achicando las palabras, de manera que cuando llegaba a lo de «nuestra muerte, amén», ya no se le

entendía, pues más bien era suspiro o gargarismo suavísimo. Y, apenas hacía punto, toda la masa de feligreses —parece nombre de titiriteros— atacaba con gran fuerza el «Dios te salve, María», aunque en seguida empezaban a bajar, hasta concluir en unos calderones huequísimos, más ruidos que palabras, que se cortaban en seco, para dejar paso de nuevo a la voz del curilla, que ya había tomado fuerza... Y así estábamos dale que te dale hasta llegar a la letanía, que tampoco era leve, pero daba gusto porque cambiaba de tono, mejor dicho, de cantidad, y cada invocación del cura era respondida con un tiro de voces que querían decir: «ora pro nobis..., ora pro nobis». Y luego los requilorios y apostillas finales por el Papa, por el Rey, por el general y por las ánimas, hasta que el curilla hacía una flexión rápida y se iba del púlpito.

Entonces la gente empezaba a toser, a rebullirse en las sillas y a mover los reclinatorios, hasta que salía el predicador con su capa blanca como un ángel y, con mucha solemnidad, subía la escalera del púlpito, que crujía peldaño a peldaño.

Mientras el fraile, ya en el púlpito, hacía la genuflexión y se santiguaba rápido, se oían las últimas toses y descomposturas. Todavía el predicador con las manos en el paño blanquísimo del púlpito, mientras pensaba, había alguno que tosía o alguna que suspiraba. Por fin comenzaba con voz pianísima, como si no tuviera muchas ganas: «Amadísimos hermanos, dice San Pablo en su Epístola...», y soltaba un latín que yo estaba absolutamente seguro que no entendía la Eustaquia, a pesar de que miraba sin pestañear... Poco a poco iba entrando en voz, aspando los brazos y sacando el busto peligrosamente de la barandilla, y se desataba a decir cosas miedosísimas de las ánimas que están en el Purgatorio, de los pecados y de lo que le ocurrió a cierto pecador que él sabía. A veces se volvía hacia uno y otro lado, como regañándonos a todos, con las manos crispadas y los ojos desorbitados.

Cuando el sermón llegaba a aquellas gravedades no se oían toses ni crujidos, sólo suspiros hondos y tristísimos de las viejas:

—¡Ay, Dios mío!

—¡Ay, Señor!

—¡Que la Virgen nos lo evite!

Yo algunas veces volvía la cabeza sin que me viera la Eustaquia y veía todas las caras de las viejas embobadas, que recibían la luz de frente. Un huerto de caras tristísimas. Y en las naves laterales —no sé por qué se llaman naves— los hombres en pie, enracimados, con la cara morena y las calvas blancas de llevar el sombrero o la boina. De rodillas solamente estaban las hermanitas del colegio, en la primera fila. Yo me distraía a ratos en contarles las tocas blancas.

A veces venían ráfagas de olor malísimo, pero nadie decía nada. Yo miraba hacia atrás por ver quién había sido, pero todas las caras estaban tan serias que nada se les traslucía.

La hermana Eustaquia, aunque hablase el predicador, no dejaba de darle vueltas al rosario que tenía sobre el halda. Y cuando yo me distraía contando las monjas, o las velas, o encogiendo las narices por la peste que venía, me daba un codazo y me hacía señas con los ojos para que atendiese al fraile, que ya estaba contando con voz suave lo que le ocurrió a otro pecador antiguo.

Yo le hacía caso y volvía a mirar al predicador, que seguía con las manos por el aire bien enfaldadas en la manga perdida, y le veía subir y bajar el mentón, y los dientes de arriba, y sacar la lengua o, en un silencio, pasarse el pañuelo por las comisuras.

A veces me daba miedo de las ánimas y me imaginaba a mí mismo desnudillo, saltando sobre las brasas de una fragua, como aparecían en el altar segundo de la izquierda conforme se entra.

Cuando concluía el predicador, las cosas se aclaraban un poco. Empezaban a cantar las chicas del coro. Yo me

volvía y las veía a todas con la boca abierta, y la toca blanca de la monja que estaba al piano, iluminado con dos velas. Y en el fondo del coro, entre sombras, los grandes pitos del órgano, ahora en silencio. Luego venía la reserva. Salían muchos curas y los monaguillos con ciriales, como en los entierros, y todos juntos cantaban ante el altar de las Ánimas... Quiero recordar que echaban incienso. Cuando la Salve estaba en los finales se oía el estruendo de los hombres que iban hacia la puerta y todos movíamos las sillas para prepararnos a salir.

La hermana Eustaquia me hacía besar la cruz del rosario y lo guardaba en su faltriquera. Luego me besaba en la frente (no sé para qué). Me abrochaba el abrigo entre los últimos rezos; me ceñía el tapabocas, y me daba el sombrero para que me lo pusiera nada más echar pie a la calle, porque antes era irreverencia. Se calaba el mantón, cogíamos las sillas, y arrastrando los pies detrás de las viejas, íbamos saliendo mientras los monaguillos, a la carrera, apagaban la cera.

En la plaza hacía mucho frío, pero la Eustaquia siempre se paraba a hablar con alguien del predicador. Y decían si había estado bien o mal y si era guapo o feo... El dominico también salía embozado en su capa para cenar en la casa del párroco.

Pegados a la pared y hablando del frío nos íbamos a casa a cenar. Y allí, el abuelo, que ya estaba con la servilleta puesta y era algo incrédulo, nos decía:

—¿Qué, habéis sacado muchas ánimas del Purgatorio?

Yo no cogía muy bien la intención, aunque sí le veía risa en los ojos y me ponía a pensar qué tendría que ver purgatorio con purga, mientras la Eustaquia rezongaba:

—Sí, sí; dígale usted esas cosas al niño, para que pierda la fe.



## El bautizo

A la memoria de la pluma  
de Julián Ayesta.

El bautizo fue lujosísimo, de máximo pago, con los curas recibiendo en la puerta del templo. A toda orquesta. Además, por la tarde, que es la hora de las ceremonias extraordinarias. En el patio de casa de los tíos se reunieron todos los señoritos y señoritas del pueblo. El patio, lleno de sol, tenía en el centro dos palmeras muy gordas metidas en tiestos de madera pintados de verde. Mientras vestían al niño con la ropa de cristianar, las señoras y la tía, las señoritas y los señores, todos con sombrero, iban y venían alrededor de las palmeras. Los niños, endomingados, jugábamos al escondite. Entre las hojas de cuchillo de las palmeras veíamos cortadas las risas, el humo de los cigarrillos, los labios de carmín, el brillo de las joyas. Toda la espera breve de aquella tarde de sol, de un bautizo de sol, estaba cortada en mil jirones verdes por las mil cuchillas verdes de las palmeras enanas. Como a través de persianas caprichosas: los gritos, el perfume del agua de colonia añeja, los polvos de arroz, los cigarrillos turcos y *Camel* (o sea camellos); las narices, los ojos, las bocas, las abotonaduras, las puntas de los senos, los pendientes en el lóbulo de las orejas, los lunares postizos, los cuellos pelados a lo *garçon*, las risas que dejaban ver las lenguas húmedas, los culos unánimes bajo la seda, las miradas intensas que viajaban por las curvas, los grititos..., todo en cuñitas fugaces, todo pinchado y aserrado por las hojas de las palmeras. Había hojas de palmera que pinchaban sol y hojas que pinchaban sombra, hojas que pinchaban bocas carnosas de mujer y bocas barbudas de hombre. El tío —chaqueta negra con ribete de seda, pantalón a rayas— servía copitas de licor entre el sol y las

palmeras (coñac para los caballeros, anís para las damas...). Vasos de agua en grandes bandejas plateadas. Las criadas reían en la cocina. Los niños venían de París a que los bautizaran en Tomelloso.

... Del bautizo: el recuerdo de mantillas blancas entre trajes oscuros. Zapatos brillantes sobre el tosco pavimento de la calle del Monte. Los niños, con zapatos blancos, íbamos cogidos de la mano. Gentes en las ventanas y en los balcones. «La iglesia hecha un ascua de luz» y «la toda orquesta». Suenan las pesetas sobre una bandeja. Un cirio. Un llanto. «Está muy fría el agua». La sal y otra vez al sol.

Y después fuimos al fútbol (hombres fuertes que corrían en un teatro grande sin techo. Algo sin palabras). Sí, íbamos al fútbol porque jugaba Blas, el novio de Flor, la madrina del niño primo. Fuimos en coches brillantes, cargados de reflejos. Salimos al campo. Y todos decíamos: «Vamos al campo». ¿A cuál campo? Ya llegamos al campo. Entramos con los coches cargados de brillos, de perfumes, de risas. Desde el coche íbamos a ver el fútbol. (Habíamos salido de un campo para entrar en aquel otro campo). El sol nos daba de plano en los ojos. Nos cegaba. Alguien dio las entradas, desde los coches, al pasar por la portada grande del campo, que era como un corralón. Sol, sol, reflejos de parabrisas. ¿Dónde estaba el fútbol? Cuando abría un poco los ojos y miraba a lo que llamaban campo de juego, veía unos hombres a medio vestir de blanco, rodeados de sol, con pañuelos en la cabeza, masticando limón, que corrían. Otros a medio vestir con manchas rojas. De vez en vez unos golpes sordos. Gritos. Pitadas. Daba sueño.

—¡Blas, Blas, mira Blas! —grita Flor haciéndose sombra con la mano en los ojos.

—Sí, aquel que despeja.

—¡Viva!

Los niños estábamos sofocados, rojos, intentando ver. El primo mayor se durmió tumbado en el asiento. «Que no les dé a los niños tanto sol en la cabeza». Todos tenían sed. Gaseosas calientes de bolita, verdes, como las hojas de las palmeras.

—¡Blas, Blas! ¡Eh, Blas!

Pusieron los coches en marcha. «Que nos vamos ya, que es la merienda del bautizo». ¡Adiós, Blas! La gente nos miraba mucho... ¡Qué lástima!, ahora que se podía mirar al campo. El sol se había puesto tras las bardas del corralón y los ojos descansaban, pero nos íbamos.

En el baile de la sala del piano, Aladino cantó el gran tango de «... la noche de Reyes, cuando a mi hogar regresaba, comprobé que me engañaba con el amigo más fiel... Los zapatos del nene; sin compasión la maté», o como quería la tía, que no le gustaban las muertes: «por compasión mas no la maté».

Inflaba las narices y movía los brazos y las manos como si fuera el amo del mundo. Su vozarrón salía por la ventana abierta de la sala como un chorro de agua ruidosísima. La luz de la pantalla roja que había sobre el piano le daba en media cara (se bailaba a media luz), cara roja de sello, y la otra mitad le quedaba en sombra, casi negra, pero también un poco roja, porque el rojo de la luz le daba la vuelta a la oreja y se mezclaba con la sombra negra.

Aladino era famoso calavera, porque había estado en París y un verano perdió mucho dinero en San Sebastián. Era, para colmo, amigo de Espaventa, y tuvo amantes que le dedicaron fotografías mostrándose desnudas.

Aladino, que tenía una gran voz, se sabía —lo que nadie — las letras enteras de los tangos en la versión arrabalera, no de Buenos Aires, sino de Montevideo, que, como él decía, «fue la verdadera y más genuina cuna de la canción

criolla...». Por eso explicaba lo que era «tamango», «hierba de ayer», «china» y otras palabras oscuras que no recuerdo. También decía que era una «figura» muy buena aquello de «Cuando estén secas las pilas —de todos los timbres— que vos apretéis...».

Los niños estábamos sentados en el sofá y veíamos pasar las parejas ante el espejo de la consola. Las parejas entre el espejo y nosotros eran dobles, porque las veíamos de verdad y de reflejo entre las casi tinieblas rojas. (Y... José dio un beso pequeñito, casi de punta de alfiler, a su novia en la frente, y ella entornó los ojos como si tuviera sueño, y se le echó un poco sobre la solapa, y José le puso a ella también la cara sobre el pelo, cerrando los ojos, como si también fuese a dormir con aquella luz de sarampión.) «... eran cinco besos que cada mañana... los alados cantan» (no los arados, como decía Marcelino, que los alados son los ángeles y los arados no); «... el músculo duerme, la ambición descansa». La voz de Aladino estremecía toda la sala y la luz roja de la pantalla hacía sombras siniestras por las paredes y los espejos, que parecía que querían luchar, porque «... un clarín se oye, peligra la patria, al grito de guerra los hombres se matan...».

Cuando acabaron los tangos, no sé por qué, encendieron todas las luces y empezaron a beber champaña —ese licor extranjero— y decían: «¡Viva el niño! ¡Viva Raúl!», y reían, y Aladino, felicitado por todos, tenía la camisa blanquísima, con los puños muy salidos. Y llegaron más señores, uno con gorra de plato, y empezaron a tocar pasodobles con muchos giros y figuras:

«Marcial, tú eres el más grande; Marcial, tú eres madrileño...». ¡Viva Raúl! Y abrieron la puerta de la sala que daba al recibidor y bailaban por allí también, y se asomaron las criadas y los abuelos. Todas las señoritas se ponían al piano a tocar pasodobles y se reía por todos los rincones de la casa encendida. ¡Viva Raúl! «Esta noche no tendremos ganas de cenar» (dijo la abuela, por ahorrar).

## El partido de fútbol

El primer partido de fútbol que vi fue aquel que me llevaron el día que bautizaron a mi primo, cuando me daba el sol en los ojos. Pero ése no vale. No vi el fútbol bien hasta que me llevó papá desde el Casino con otros amigos suyos y nos sentamos en preferencia.

A los toros se iba por la calle de la Feria y al fútbol por la calle del Monte. A los toros se iba detrás de la Banda Municipal, con velocidad de pasodoble; al fútbol, como dándose un paseo tranquilo.

Hacía mucho sol. Pasó un coche cargado de señoritas... Laurita, la tía y ésas, que nos saludaron con mucha algarabía.

A los toreros los llevaban vestidos, en coche. Van pálidos, con la cara seria. Los futbolistas —esto me sorprendió— iban de paisano, sin corbata, a pie, seguidos sólo de algunos chiquillos. Piñero, el pescadero, que era el gran delantero centro, iba en bicicleta de carrera por medio de las eras. Ricardo y Blas, que eran señoritos, en automóvil.

La gente iba a los toros congestionada, con los ojos bailando, buscando grandes sangres. Con vino y merienda... Al fútbol iban así como a tomar el sol, con idea de ir luego al cine... «por matar el tiempo». Eran grupos desleídos, calle del Monte arriba, sin mujeres, sin mantones, ni coches, ni caballos. (Cuando no se emplean caballos para ir a las casas, todo es aburrido, ésa es la verdad).

El fútbol hace bostezar a los sanguíneos porque no había caballos. ¿Qué iban a hacer los caballos en el fútbol, si eran hombres los que trotaban? Tampoco había heroica bandera nacional, como en los toros. Y es que, como decía